dissentientibus et concertantibus. Finalmente, ruína de toda fe en Jesucristo, omnis tandem in Christum fides anud non paucos labefactata est; rechazo de la Biblia misma como libro divino é inspirado, ipsa sacra Biblia jam non pro divinis haberi, imo mythicis commentis accenseri caperunt. Tal es el génesis del racionalismo. Los primeros reformadores habian dicho: «Nada de autoridad en la Iglesia; la Biblia y la razon sola.» Sus discípulos dicen: «La razon sola; nada de Iglesia, nada de Biblia.» Ha nacido el racionalismo.

Así que, los racionalistas se complacen en reivindicar por antepasados suyos á los reformadores del siglo XVI. A menudo, en sus obras, ensalzan con entusiasmo á Lutero y su reforma; celebran al hombre que sentó «el principio del libre exámen» como «al gran bienhechor del género humano,» «el Cristóbal Colon de la verdad,» «el emancipador de la razon humana,» «el profeta de los nuevos tiempos.»

528. No necesitó, por lo demás, mucho tiempo el meros racio- protestantismo para dar á luz el racionalismo. En el nalistas en el seno de la Re- mismo siglo que vió nacer la Reforma, la profesaron muchos protestantes, y áun sectas enteras: los Socinianos, en efecto, y cierto número de Arminianos eran verdaderos racionalistas.

> En los siglos XVI y XVII, se vieron aparecer las diversas formas del racionalismo, tales como las habemos expuesto en los anteriores capítulos; la mayor parte de los Socinianos eran deístas; algunos eran panteistas; Vanini v sus compañeros se declaraban ateos. Muy pronto aparecieron sectas antisociales; los Anabaptistas y cierto número de Puritanos profesaban las mismas doctrinas que los socialistas y comunistas de nuestros dias.

SECCION SEGUNDA.

DESARROLLOS Y DENOMINACIONES DIVERSAS DEL RACIONALISMO.

529. No intentamos trazar la historia, siquiera abreviada, del racionalismo. Queremos tan sólo en un corto bosquejo dar una mirada general á sus desarrollos, tomando por guias en esta rápida revista á las diversas y sucesivas denominaciones con que se ha presentado.

CAPÍTULO I.

Los racionalistas de los siglos XVI y XVII.

530. Nacido del protestantismo y en el seno del pro- I. Politicos, intestantismo, pronto pasó el racionalismo al campo de escepticos, inlos católicos

ritus fuertes y

En las guerras religiosas, vemos formarse entre los católicos y hugonotes una especie de partido neutral, que trata de contentar y á veces de explotar á unos y otros, y entre unos y otros perpetuamente oscila. A este partido se le conoce en la historia con el nombre de partido de los políticos. Cierto que los más se mantenian neutrales entre católicos y protestantes por motivos de interés temporal; pero, en muchos es tambien cierto que la neutralidad nacia de mirar como cosas absolutamente indiferentes las cuestiones religiosas: éstos eran verdaderos racionalistas.

En los siglos XVI y XVII hallamos racionalistas en todas las clases de la sociedad; sobre todo en la clase media. Los llaman incrédulos y escépticos: incrédulos, porque rehusan creer en la palabra de Dios; escépticos, porque, después de haber rechazado la revelacion, lle-

CAPÍTULO II.

El racionalismo en el siglo XVIII, ó filósofos y economistas.

532. Durante todo el siglo XVIII, el racionalismo se Advertencia parece á una marea creciente, cuyo ruído tiene suspen- preliminar. sos todos los espíritus, y cuyas oleadas invaden á los pueblos y parece están á punto de sumergir á la Iglesia. Los racionalistas de esta época se dan el título de filósofos y economistas.

533. La filosofía, segun su verdadera significacion, 1. Los filósoes el conjunto de verdades que la razon humana puede fos. descubrir ó siquiera demostrar con sus fuerzas naturales. Por consiguiente, lejos de contradecir la fe, le prepara los caminos, y, en lugar de combatir á Jesucristo, nos lleva á El.

En el lenguaje del siglo XVIII, la filosofía es todo sistema que, so pretexto de no admitir otras verdades que las que demuestra la razon, rechaza las verdades superiores de la revelacion.

Tomada en el primer sentido, la filosofía hace abstraccion de la revelacion, que no es el objeto de sus especulaciones, pero que no intenta atacar; tomada en el segundo, la desconoce y niega: es el racionalismo.

Sólo por un abuso de lenguaje los racionalistas del siglo XVIII se dieron y llevan todavía el nombre de filósofos; pues todo sistema ó método que excluye verdades ciertas, por más que estas verdades fueren superiores á la razon, no tiene derecho al título de filosofía, ni los que lo profesan son filósofos, sino sofistas. De un modo más exacto designan los apologistas católicos con el nombre de filosofismo á la filosofía del siglo XVIII.

534. Al frente de los racionalistas de esta época se

gan frecuentemente hasta poner en duda toda verdad, áun las naturales. Llámanse á sí mismos enfáticamente espíritus fuertes, porque dicen tener bastante fuerza de ingenio para hacerse superiores á las creencias religiosas, ó, como dicen ellos, «á las preocupaciones» del vulgo; pero pronto esta denominacion se convierte en deshonra.

En Francia se les designa muy á menudo con el nombre de libertinos. Bossuet hace resonar frecuentemente los clamores de su potente voz contra los «soberbios libertinos.» Este nombre, comunmente admitido en tal época, habia sido primitivamente el de una secta de calvinistas que hacian profesion de verdadero panteismo; enseñaban que la sustancia divina se halla esparcida doquiera, que piensa en la razon del hombre y obra en su voluntad, y que por tanto la razon y voluntad del hombre tienen derecho á una perfecta libertad. Habiéndose propagado entre los católicos el racionalismo de aquellos sectarios, los que se inficionaron fueron designados con el mismo nombre, que de esta manera pasó á tener un sentido más general.

Hoy todavía se dan á los racionalistas los nombres de incrédulos y espíritus fuertes. El de escépticos rara vez se les aplica. Cuanto al de libertinos, ha variado su significacion: entonces indicaba la licencia de la mente más todavía que la de la conducta, que es á menudo su consecuencia; y por transmision natural designa hoy exclusivamente la depravacion de costumbres.

II. Exiguo 531. Durante los siglos XVI y XVII pocos estragos número de los hizo entre los católicos el racionalismo. Pocos y sin influencia eran sus adeptos; eran pobres gentes que pasaban plaza de aficionados á la paradoja, de quienes no hacian gran caso sus contemporáneos; ó eran algunos disolutos, que sólo parecian negar el Evangelio para entregarse á una completa licencia, y que eran universalmente despreciados.

distinguen el sofista Voltaire y el sofista Rousseau. Su nombre fué tan célebre como jamás lo fuera el de Alejandro y César; hablábase de ambos «filósofos» en todos los salones y cortes de Europa entera, y gozaban de todos los favores de la opinion pública.

En pos de estos corifeos venian nublados de otros sofistas: Diderot, d'Alembert, d'Holvac, Helbecio, La-

mettrie, etc.

535. Todos concuerdan en los pomposos elogios que hacen de la naturaleza y la razon, por una parte, y por otra, en las blasfemias que vomitan contra Jesucristo y la Iglesia.

En cada página y á menudo en cada renglón de sus voluminosos escritos, ensalzan enfáticamente la razon y la naturaleza. Diríase que para arrebatar más fácilmente á la razon del hombre su sobrenatural remate, toman á pechos embriagarla con los vapores de su incienso.

Sin cesar atacan tambien á Jesucristo, á la Iglesia, á la jerarquía católica, el órden social cristiano y las tradiciones católicas. Pero evitan nombrarlas; se valen de un conjunto de palabras equívocas é injuriosas, convenidas entre ellos: declaman contra «la supersticion,» «el fanatismo,» «la ignorancia» y «las preocupaciones.»

Cuando tratamos de escudriñar qué era lo que dominaba en aquellos sofistas, si el entusiasmo que les dictaba tantas páginas encomiásticas de la razon, ó el odio que les inspiraba tantas invectivas contra el órden sobrenatural, pronto conocemos que el entusiasmo por la razon es afectado, y que el odio á Jesucristo y á su obra es, al contrario, violento y profundo. Tienen ojeriza á la Ciudad Santa; sienten contra ella satánico furor; maldecirla y combatirla es para ellos vivir. Si ensalzan la razon, es para mejor seducir á los hombres y pegarles el odio que tienen á Jesucristo, á la Iglesia y á las instituciones y costumbres católicas. El odio al órden sobrenatural es, pues, el carácter distintivo de los pretendidos filósofos del siglo XVIII, el rasgo esencial y comun á todos: es lo más frecuente que lo declaren abiertamente; algunas veces lo disimulan con hipócrita artificio; pero es profundo siempre. Es necesario darse bien cuenta de este odio, para penetrar el espíritu que

inspiró todos sus libros.

536. Los pretendidos filósofos del siglo XVIII, tan unánimes en sus ataques al órden sobrenatural, están muy discordes entre sí acerca de las verdades naturales. Como los racionalistas protestantes de los siglos XVI y XVII, se dividen en deístas, panteístas y ateos ó materialistas. Muchos son deístas en público, é interiormente ateos y materialistas: el panteísmo propiamente dicho tiene pocos adeptos. Discordes sobre el punto fundamental de la existencia y naturaleza de Dios, ofrecen las mismas divergencias de opinion sobre todas las cuestiones filosóficas. Consulté á los filósofos, dice uno de ellos, hojeé sus libros, y á todos los hallé arrogantes, categóricos, dogmáticos, hasta en su pretendido escepticismo, sin ignorar nada, sin probar nada, burlándose unos de otros, y este punto, comun á todos, me pareció el único en el cual todos tienen razon. Parecen triunfadores cuando atacan, mas al defenderse carecen de vigor. Si pesais sus razones, sólo las tienen para destruir; si contais sus opiniones, cada cual tiene la suya; sólo se ponen de acuerdo para disputar (1).

Parece que ellos mismos miran como cosa asaz indiferente tales divergencias. A su modo de ver, la filosofía consiste principal y casi exclusivamente en la rebeldía de la razon contra la doctrina revelada de Jesucristo; el hombre, sea cual fuere su opinion, merece la cualidad

⁽¹⁾ J. J. Rousseau, Emilio, lib. IV.

de filósofo desde el momento en que rechaza el Evangelio y combate á la Iglesia.

II. Los economistas.

537. La economía política entendida en su sentido propio, tiene por objeto estudiar las condiciones generales de la prosperidad temporal de las naciones. No se refiere, pues, directamente á la Religion, pero no le es contraria; y hasta un economista prudente habrá de reconocer á menudo que la Religion ejerce la más dichosa influencia en el bienestar de un pueblo.

En el siglo XVIII la economía política es tambien, como la filosofía, una ciencia rebelada contra el órden sobrenatural. Los «economistas» sientan como regla general que el Estado debe preocuparse exclusivamente de la prosperidad general, y mantenerse indiferente à todas las cuestiones religiosas. Segun ellos dicen, el comercio, la industria, no pueden florecer, las fuentes de la riqueza pública no puedan recibir incremento, sino á condicion de que se aleje la Religion de la vida pública y nacional. Así que, en nombre de la temporal prosperidad de los pueblos, piden una organizacion social é instituciones públicas totalmente sustraídas á la accion de la Religion. Parece que sólo quieren tratar de cuestiones económicas, y todo son perpetuos ataques al órden sobrenatural y á la antigua constitucion cristiana de la sociedad. Discuten cuestiones sociales, pero es para llegar siempre á esta conclusion: «La religion de Jesucristo es funesta á la prosperidad temporal de las naciones.» Bajo la capa de las teorías económicas, abogan por el racionalismo; y si hablan tanto del bienestar de los pueblos, es para lograr mejor hacerlos caer en la apostasía. En una palabra, así como «los filósofos» se las han con las verdades de la revelacion en nombre de las verdades de la razon; asimismo «los economistas,» invocando la prosperidad temporal de los pueblos, combaten el órden social cristiano.

CAPÍTULO III.

La revolucion.

538. El racionalismo no cesó de fortalecerse y extenderse durante todo el siglo XVIII: al fin del siglo creyó poder hablar á guisa de maestro: á la filosofía sucedió la revolucion.

Artículo I.—Concepto general de la revolucion.

539. La revolucion es el cambio del antiguo órden político y social, penetrado hondamente por la influencia cristiana y fundado en el Evangelio, y que, á pesar de las alteraciones que ya habia experimentado, conservaba aún el fuerte sello de la Religion, y el establecimiento de un órden nuevo fundado en las solas luces de la razon.

Para servirnos del lenguaje que usan algunos, la revolucion «es la inversion de una pirámide,» de la pirámide colocada de punta por Jesucristo, y que es menester volver á sentar sobre su base. Esta pirámide es la humanidad. La punta ó base antinatural en la cual hizo Jesucristo descansar la pirámide, es el órden sobrenatural, en el cual colocó á los hombres; porque, para los sofistas, «lo sobrenatural es antinatural.» La ancha base, la base normal, sobre la que es necesario volver á sentar la pirámide, es el estado de pura razon ó de naturaleza, al cual es preciso volver á los pueblos (1).

(1) Este símbolo de la pirámide colocada de punta por Jesucristo tiene un sentido muy verdadero. La doctrina evangélica, en efecto, desprendió al hombre del mundo sensible, y dirigió sus afectos hácia Dios y las cosas del mundo invisible: el cristiano que vive de la fe, no toca ya en cierto modo á la tierra sino por un punto, la vida del cuerpo; la inmensidad de sus deseos se dirige hácia el cielo, hácia la tierra de los vivos prometida á los verdaderos hijos de Abrahan.